

## CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Mercurio  
Fecha: Martes 3 de enero del 2017  
Página: 4B  
Año: 92  
Edición: 34.950  
Descriptor: **SARAGURO, SOMBRERO DE LANA, FRANCISCO SARANGO, BATANADO.**

### Investigar, la fórmula para hacer sombreros

Francisco Sarango no proviene de una familia de sombrereros o artesanos relacionados con este tipo de actividades. Él es hijo de agricultores, ganaderos. El hoy sombrero experimentó muchos oficios, pero tenía claro que su futuro era hacer sombreros de su cultura Saraguro.



En la puerta del taller de sombreros de Francisco Sarango, está pegado el certificado que le abaliza como un arreglador de sombreros. Es un permiso de funcionamiento que el GAD Intercultural de Saraguro le entregó, para que pueda ejercer su oficio tal como lo disponen las ordenanzas.

Su espacio de trabajo está lleno. Apenas la puerta se abre se ven las herramientas que utiliza para su labor. Como es de imaginar, hay muchas de las herramientas, incluso, algunas creadas por él, con esa ilimitada imaginación que tiene Francisco para adecuar máquinas y elementos y lograr procesos mecánicos, que le permitan acelerar el trabajo que deje como resultado buenos productos.

Francisco no proviene de una familia de sombrereros; sus padres son amantes de la tierra; sus abuelos eran ganaderos; es más, él mismo en su juventud se dedicó a esa tarea. En esas miles de ideas que de muchacho y adulto rondaban por su imaginación, no contemplaba hacer sombreros.

Uno de sus hermanos, el mayor, tuvo la idea de arreglar los sombreros de la gente de su nacionalidad, sólo de arreglarlos, pero fue Francisco quien hurgando en talleres de Saraguro, Cuenca, Gualaceo y Ambato, aprendió este arte y se proyectó también a fabricarlos. Su

hermano falleció hace cinco años, Francisco conserva algunos saberes y la mesa donde el finadito trabajaba.

“Mi hermano fue quien comenzó, aquí están las mesas pequeñas donde se ponía la horma del sombrero y se planchaban las faldas. Eso era de mi finado hermano”, dice el sombrero de Tuncarta, reconocido en su comunidad como también a nivel del país por su trabajo.

“Sombreros La Elegancia”, así se denomina el taller y almacén de Francisco. En el cuarto donde instala toda su herramienta, se encuentra una vitrina con los dos estilos de sombreros que usan la gente de Saraguro: el blanco-negro, de falda ancha hecho de lana de borrego; y el negro o café, elaborado con paño y de falda corta.

#### Trece años de experimentación

El trabajo para aprender a hacer los sombreros no fue fácil. La historia del sombrero en su oficio arranca en 1996. Trece años pasaron entre encontrar quien le enseñe, aprender las técnicas, experimentar por cuenta propia, dañar algunos materiales, hasta lograr un producto de calidad y hacer a la perfección un sombrero. Es decir, desde el 2009, él se considera un profesional en este arte.

Cuando quiso aprender el oficio, nadie le quería enseñar; los artesanos que permanecían en esa labor pensaban que el joven les podría quitar el trabajo. Tristes son los testimonios que cuenta el artesano; para él, esas negativas son anécdotas, pero es evidente que en vez de perjudicarlo, más bien le impulsaron a perseverar hasta lograr su objetivo.

“No me quisieron enseñar. Cuando llegaba a los talleres nadie me negaba la oportunidad directamente, ellos decían: hígole estoy ocupado venga la otra semana, venga la próxima; así me tenían dando largas, ocho veces me fui y siempre tuve la misma respuesta; hasta que un día dije no me voy más, porque me siento mal y me di cuenta que no me quieren enseñar”, eso cuenta Francisco.

Entrar en el andarivel del arte y artesanía, siempre ha sido complicado. Lo primero que aprendió el hoy sombrero, fue la elaboración de sombreros de paño. Ese trabajo era muy escaso y dejaban ingresos demasiado bajos. Para no perder el tiempo, a la par Francisco se dedicó hacer artesanías de madera.

Helicópteros, carros clásicos en escalas pequeñas, es decir de estilo maquetas, eran parte del portafolio de productos. Buenos resultados dejó esa destreza. Su imaginación y observación fueron las aliadas para dar forma a un Roll Royce clásico, que era uno de los más apetecidos. Era de ver cómo quedaba una Ford de los años 60 hecha en madera, con puertas que se abren; en fin, esos productos se vendían bien.

Las herramientas de carpintero de aquella época se guardaron. Ese fue su primer emprendimiento, que lo cristalizó con un préstamo en el entonces Banco de Fomento, que le permitió armar un taller que luego se cambiaría por uno para hacer sombreros.

Francisco decidió seguir con el escabroso camino de aprender a elaborar sombreros. En su cabeza estuvo claro que, en Saraguro no le iba a enseñar; así que decidió visitar Pelileo y llegó al taller donde hasta ahora hacen los sombreros para los cañaris. Ese maestro tampoco le enseñó, claro le dijo: “Yo mi oficio no enseñó, porque si enseñó estoy quitando el pan de la boca de mis hijos”.

El maestro de Gualaceo

Era un fin de semana cuando Francisco en el afán de buscar a los maestros sombrereros, se fue junto con su esposa e hijos a la casa de don Albino, allá en Gualaceo. Ese día el viejo sombrerero cortaba el trigo; así que el visitante y familia le ayudaron a segar las espigas. Un día estuvieron en el campo cosechando y compartiendo comida.

Al siguiente día, el maestro le indicó muchas técnicas; proceso que poco a poco experimentó, hasta perfeccionar las reglas. “En la elaboración del sombrero se aplican infinidad de cosas, se utiliza silicón, alcohol industrial, sulfato de sodio que sirve para blanquear la lana, al igual que el agua oxigenada, son varios materiales que se aplican y hay que saber ponerlos”, advierte el artesano.

Investigar, esa es la palabra que se ajusta al trabajo de Francisco. Investigar es descubrir muchas cosas, es invertir dinero y es aprender a tener y mantener la paciencia. Para ser maestro hay que aprender poco a poco. Algunas cosas sí le enseñaban los maestros, otras no; el aprendiz tenía que estar atento para captar ciertos secretos, que a veces sin pensar los expertos revelaban.

Las herramientas

En el taller todas las herramientas tienen su función. Desde la más grande hasta la más pequeña. Cualquiera podría pensar que un vailejo es una herramienta indispensable sólo en las labores de construcción; en el oficio de Francisco, la punta del vailejo es la mejor para figurar las partes negras que tiene la falda del sombrero Saraguro en la parte interna.

Una cocinilla pequeña a gas sirve para diluir la cera negra. A una tremenda máquina que otrora hacía remaches y arreglaba pastillas de los carros, Francisco la adaptó para con ella pensar sombreros. “Es bien bonita esa máquina”, dice el artesano.

De no haberse hecho sombrerero, Francisco fuera ganadero. Cuando niño vivió con sus abuelos; apenas cursó un año de secundaria, y de esas épocas recuerda el dicho de los mayores: “con el ganado hay que vivir y con el ganado se muere”, dicho que casi convenció

al hoy artesano, pero como el destino le deparaba otra cosa; dos de las tres reses que tenía murieron y hasta ahí llegó la intención de ser ganadero.

Otro de sus proyectos de vida fue ser chofer. Se graduó en el Sindicato en Saraguro, trabajó manejando camiones, transportando ganado a la Costa y trayendo verdes para alimentar a cerdos y vacas; en esa área tampoco prosperó; y todo, porque mientras experimentaba cosas nuevas, en su cabeza no dejaba de rondar la decisión de ser un sombrero.

“Me metí a un curso de platería, algo de joyas de plata sé hacer. Me acuerdo que seguí un curso de sombrerero, pero no tuve la idea concreta para fabricarlos; luego a ese señor que me dio el curso, no le volví a ver nunca. Cuando decidí elaborar estos sombreros busqué de mil formas cómo aprender”, así se explica Francisco, un apasionado de su arte, un hombre que no se guarda nada, ni un solo secreto para sí cuando habla de su oficio, de los toques medio ocultos y fórmulas que aplica para lograr el auténtico sombrero de Saraguro. (BSG)-(Intercultural).

